



Silvia Faraone

In memoria Silvia Faraone

Para describir a Silvia podemos hacerlo en un tiempo lineal *cronos*. Perteneció a la generación del sesenta, así es que vivió sesenta y cuatro años, o bien 23.447 días, o 562.728 horas, o 33.763.737 minutos, o 2.025.824.256 segundos, pero eso no revela nada de ella más que números y un lapso que debería haber sido, sin dudas, mayor y sin ese final injustamente sorpresivo e impensado. Pero si nos acercamos a la trayectoria de vida de Silvia en un tiempo *kairos*, tal como lo han concebido los griegos, pensaríamos en mojones significativos a lo largo de su recorrido que no resisten una medición, pero que si lo podemos sentir.

Desde el trabajo social, como su disciplina de base, se preocupó tempranamente por las personas con padecimiento mental cautivas en lugares de encierro, cronicadas por años y años en recintos donde prima sobre ellas la exclusión y la violencia. Sostuvo casi una obsesión por los procesos de reforma de esas instituciones construyendo sin dudas una nueva y consistente institucionalidad antes de su cierre definitivo. Se mantuvo en una búsqueda denodada por producir dignidad en quienes han visto vulnerados sus derechos y en quienes se pretende también patologizar su sufrimiento psíquico cuando las condiciones de vida complejas (econó-

mico-sociales, nutricionales, habitacionales, educativas y culturales) oprimen y la subsistencia se convierte en una meta tortuosa e inalcanzable. La exigibilidad de derechos de los que no tienen voz y la ética del cuidado inspiraron tanto su tesis de maestría en salud pública, como años más tarde y con mayor complejidad su tesis de doctorado en ciencias sociales. Llevó a cabo una cartografía de la des/institucionalización en salud mental en la Argentina (con barra invertida) como solía enfatizar, ese concepto potente, en el devenir de sus clases.

La podemos imaginar allá por el 2010 estudiando y escribiendo minuciosamente, dando sustento al texto de nuestra Ley Nacional de Salud Mental 26.657. Así como también, años más tarde, frenando –con firmas y diálogos con multiplicidad de actores y colectivos– las embestidas por parte de diferentes grupos de derecha con intereses corporativos que pretendían desterrar la ley, señalándola como la única responsable de las fallas del sistema sanitario y de las prácticas en salud mental, en lugar de poner el foco en las escasísimas políticas públicas que son indispensables a la hora de embarcarse en verdaderos procesos de transformación y que, sin embargo, nunca terminaron de implementarse.

Quienes conocimos a Silvia sabemos de su persistencia, de su militancia y avidez por la defensa de los

derechos humanos en una conjunción indisoluble con la salud mental, promoviendo siempre acciones donde la premisa innegociable era *memoria, verdad y justicia*.

Otro hecho *kairos* que puede señalarse en su vida ha sido su capacidad de construir redes con otras y otros, armando lazos. Primero en su familia ensamblada, con un gran abanico de hijos creciendo en número y en vida compartida. Luego con toda la comunidad de trabajo social, pero también con otras disciplinas del campo de la salud mental con las que conformó su cátedra “Problemática de la salud mental en Argentina” (en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires), en esa misma universidad que la había convertido en trabajadora social y luego en docente y maestra, esgrimiendo orgullosamente que la interdisciplina se configura en la acción.

Entrelazó también cátedras a las que las denominó “hermanas” por afinidades ideológicas, teóricas y afectivas proyectando encuentros que redundarían en hacer crecer esa familia universitaria. Pero los lazos no se restringieron a la UBA, sus redes fueron interuniversitarias (con la Universidad Nacional de Lanús, con la Universidad Nacional de Entre Ríos, con la Universidad Nacional de Tres de Febrero, con la Universidad Nacional del Comahue, con la Red Federal de Univer-

sidades por la salud mental comunitaria, sólo por mencionar algunas) además de otras redes intersectoriales e internacionales (en especial con las/os compañera/os brasileira/os a quienes enfáticamente valoró). Esos “tejidos” siempre fueron amorosos, ideológicos, reflexivos, los mismos que la acompañaron hasta el final de sus días recordándole el cariño que seguía vigente en cada uno de esos diálogos, canciones y gestos que iban directos al alma.

Otro hito *kairos* ha sido su entusiasmo, su fortaleza y sus incansables ganas, tanto para armar encuentros, jornadas y libros, como para anticipar calendarios, desafíos y nuevos proyectos. Todo acompañado de acuarelas, pinturas, colores mezclados con complicidades, conversaciones y llamados en horas, sin horario.

La recordaremos solidaria y generosa, tanto en el acto de enseñar y compartir sus ideas como en el hecho de pensar con otros, sin mezquinar pensamientos, teorías, conceptos e informaciones, poco frecuente en los medios académicos. Ese “pensar con” incluía también sumar voces, tensiones y escuchar diferencias porque la construcción si es colectiva alberga la diversidad, la disidencia.

El tiempo *cronos* de Silvia se terminó pero ahora seguiremos en un tiempo *aion*, circular, en el que resonaremos con sus ideas y su potencia, un tiempo donde haya un justo reconocimiento y un diálogo con su pensamiento que persista y crezca.

Flávia Torricelli